

A woman with long dark hair, seen from behind, stands on a dark beach. She is wearing a white, long-sleeved dress with a dark belt. Her hair is blowing in the wind. In the background, the ocean has dark, choppy waves under a heavy, grey, and cloudy sky. The overall mood is somber and contemplative.

EL SECRETO DE OLI

HIZO POSIBLE
LO IMPOSIBLE

LUIS A. SANTAMARÍA

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni la transmisión bajo cualquier forma o a través de cualquier medio, sin el permiso previo y por escrito del titular del *copyright*.

Autor: Luis A. Santamaría

Imagen de cubierta: LawSayWhich, Shutterstock

ISBN: 978-84-617-0543-6

Fecha de primera edición: junio de 2014

Fecha de segunda edición: febrero de 2018

www.luisalbertosantamaria.com

Parte 1

EL SECRETO DE OLI

Novela de

Luis A. Santamaría

Prólogo

—La diferencia entre lo imposible y lo posible, Morgan, radica en la determinación.

—¿Quién ha dicho semejante majadería?

—No lo sé, creo que algún entrenador de la liga americana de béisbol.

—Pues se equivoca.

—¿En serio lo cree? Eso es porque no ha visto lo mismo que he visto yo.

—Estaría bien que algún día me contara algo de todo eso, Salas. Es usted un viejo fascinante, mi mejor amigo aquí, pero no conozco ni un ápice de su vida en el exterior.

—No hay mucho que contar. ¿Qué sabe del amor, Morgan?

—Es ese incómodo aleteo de mariposa que se te forma en el estómago y te roba el apetito. Todo un engorro.

—El problema no es tener mariposas en el estómago, sino no saberlas colocar en formación de combate.

—¿Supo usted gobernar a su ejército de mariposas, doctor?

—Ni por asomo. Mi vida sentimental resultó ser un desastre. Sin embargo, tuve la fortuna de presenciar la historia de amor más increíble que se pueda dar en la vida real. Y esto, salido de la boca de un viejo verde como yo, significa mucho.

—¿Una historia de amor? Pensé que éramos dos hombres

escarmentados que no pensaban en esas cosas. En su caso, parece que me equivoqué.

—No sea gamberro, Morgan. Quizá algún día se la cuente, y entonces llorará de emoción como una niña con trenzas.

—¿Es por eso que está aquí encerrado?

No hubo respuesta, pues la mente del anciano cambió de objetivo al pisar este una masa de excremento. No una defecada por algún animal doméstico o de granja, ya que en el recinto no se podía encontrar a ninguno. Alguien había decidido hacer sus necesidades allí, sobre la hierba del patio, con tan mala suerte que fue el pie del doctor Salas el que se posó precisamente sobre la plasta.

Se limpió como pudo, frotando la suela de la zapatilla contra el propio césped, y Morgan y él prosiguieron el paseo a paso de tortuga. No había ninguna prisa por llegar a ninguna parte. Frente a ellos se extendía una vasta explanada de cientos y verdes metros cuadrados que parecía no tener fin. Pero se trataba tan solo de una exageración, pues a lo lejos, casi imperceptibles a la vista desde su posición, se encontraban las vallas. A su alrededor no se veía más vida que la de los celestiales gorriones viajando de un árbol a otro, aunque hacía un rato un adolescente se había detenido frente a Morgan, y, tras zarandearle de las solapas con violencia, le había soltado un señor escupitajo en la cara. Ahora todo lo que se oía era algún alarido de vez en cuando, proveniente de dentro del edificio principal, y que de tanto oírlos ya ambos hombres casi se habían acostumbrado.

—¿De qué hablábamos antes de que los pies se me llenaran de mierda?

—Le preguntaba que por qué está usted aquí. ¿Es por esa historia de amor tan alucinante? ¿Cometió alguna locura?

El anciano lanzó una risa socarrona.

—Si le dijera que así es..., ¿se interesaría entonces por la historia, o sigue usted manteniendo que es todo un hombre escarmentado?

—Tan solo tengo curiosidad por saber qué fue lo que hizo para que le metieran aquí dentro.

—Estoy aquí por culpa de una gamberrada de Oli.

Morgan frunció el entrecejo.

—¿Quién es ese Oli?

—Mi nieto. Todo es por culpa suya.

—¡Vaya! No parece que su nieto sea un pequeño demasiado dulce.

—Ahí es donde se equivoca, Morgan. Es incluso demasiado dulce. El ser humano más extraordinario que existe, diría. Oli hizo posible lo imposible.

Capítulo 1

«Os contaré la historia sobre cómo fui completamente engañado por la persona que más quería.»

Las palabras resuenan majestuosas. Su solitaria silueta resalta en el escenario al contraluz que provocan los focos. La audiencia del teatro, de una magnitud imposible de calcular desde donde él se encuentra, lo escucha atenta, oculta entre la penumbra. Lleva puestos unos tejanos desgastados y una chupa de cuero marrón. Tras el micrófono de pie, empieza su historia con voz vigorosa:

«Para que podáis comprenderla bien, es necesario que retroceda bastantes años atrás en el tiempo. Concretamente a comienzos de los años ochenta. Sí, creo que será suficiente.»

7 de febrero de 1983

Había pasado los últimos nueve meses completando el Servicio Militar Obligatorio en Zaragoza, muy lejos de mi bonito pueblo pesquero. Por fin había llegado la hora de regresar a casa. Tras muchas horas de viaje en autobús, recibí en la estación

la primera de las muchas sorpresas que me esperaban aquella semana: mi prima pequeña buscándome con la mirada en el andén. Aquello no tenía mucho sentido, ya que ella no tenía carné de conducir y además la estación de autobuses se encontraba a escasos veinte minutos a pie de la casa donde vivían mis padres. En cualquier caso, allí estaba mi primita, ondeando las manos con insistencia para que la viese desde mi asiento y, una vez en tierra firme, achuchándome entre sus brazos como si hubiera sobrevivido a alguna guerra horrible. Supongo que lo creía de veras.

Yo nunca le había caído bien, y aunque el sentimiento era mutuo, reconozco que me reconfortó ver una cara familiar después de meses durmiendo con hombres generadores de todo tipo de gruñidos, flatulencias o ronquidos. Recuperé mi equipaje y nos pusimos en camino a través de las pedregosas callejuelas del centro. Mientras tanto, nos íbamos contando las novedades con muchísimo entusiasmo.

—No seas pesada, Berta, que eres inaguantable. Cuando lleguemos a casa lo contaré todo.

—¿Estás de coña? ¡Cuéntame cosas ahora!

No dejaba de dar irritantes saltitos a mi alrededor, amargándome la vuelta a casa. Me ponía de los nervios.

—¿Has traído algún arma? —quiso saber.

«Ojalá lo hubiera hecho», pensé, mordaz.

—¿Has matado a mucha gente?

«No, al menos hasta esta tarde.»

—Pero, ¿adónde vas? —preguntó.

Me había desviado. No es que no recordara el camino a mi propia casa. Solo quería dar un rodeo para ver la playa de nuevo; volver a sentir el tacto de la arena negra, tan genuina, en las plantas de mis pies desnudos; escuchar las olas al romper; puede

que ahogar a mi repelente prima.

—Solo será un momento, Berta. Te prometo que enseguida nos vamos a cas... ¡Joder, qué fría está el agua!

—Eso es porque es invierno, listillo —explicó ella, en un alarde de inaudita sabiduría—. Y además, está a punto de llover, así que saca los pies de ahí y vámonos ya.

Las primeras gotas de lo que sería una importante tormenta habían empezado a caer, y lo hacían como el preludeo del sencillo acontecimiento que iba a cambiar mi vida para siempre. Cuando me giré para regresar a la zona donde la arena se mantenía seca, divisé que algo se movía con violencia a lo lejos, bajo una toalla. Al concentrar la vista, vi que se trataba de una chiquilla luchando por salir de la playa sin mojarse. Y de una manera muy divertida, por cierto.

—¡Eh! —grité a pleno pulmón—. ¡Tenemos un paraguas!

—Tengo un paraguas —matizó Berta, acompañando el irónico comentario con un punzante codazo.

La joven, que a juzgar por su generosa delantera no era tan niña como me pareció en un principio, se giró hacia nosotros un tanto sobresaltada.

—¿Eh? ¡Ah! —fueron sus sinceras palabras.

La tormenta se había encrudecido en cuestión de segundos y el viento se había unido a la fiesta de la naturaleza, por lo que la chica de la toalla, desesperada, se acercó dando graciosos brincos a nuestra posición. Mientras tanto, Berta abría el paraguas a regañadientes y yo me calzaba de nuevo.

—Toma, cúbrete. —Le ofrecí el paraguas con galantería, dejando a Berta completamente al descubierto. Total, su pelo parecía el de una rata ya de por sí—. Me llamo Alfonso. Y esta de aquí es mi prima Berta.

—Vaya, muchas gracias. Creí que volvería a casa empapada,

como de costumbre. Jo, ¡mirad mi pelo! —se quejó la desconocida.

Me miró a los ojos con talante sumiso, y juro por mis muertos que aquella combinación de iris azul y revuelto de pecas me impactaron más que la primera vez que oí a mi comandante cantar en la ducha.

—Bueno, yo soy Verónica —se presentó.

Quedé petrificado ante tal inocente belleza.

Verónica vivía de camino a casa de mis padres, así que para nosotros no supuso ninguna molestia acompañarla. Para mí menos que para mi prima, se entiende. Durante la caminata estuvimos charlando para conocernos mejor. Mi pariente se mantuvo en silencio casi todo el camino, y como mucho rebuznaba porque no le cubría con su paraguas y tan solo me preocupaba de la niña pecosa. A pesar de que la tormenta golpeaba ya con fuerza, yo siempre guardaré un estupendo recuerdo de aquellos primeros minutos con Verónica.

—¿Qué hacías tú sola en la playa sin paraguas? —quise saber.

—Colecciono conchas —respondió con contagioso entusiasmo mientras se cobijaba en mi brazo—. Y cada vez que saco un paraguas, lo pierdo o se me rompe. Me he dado ya por vencida.

—Por suerte me has encontrado a mí.

¿Qué clase de frase de chulo de película de los años ochenta había sido esa? Era evidente que tanto tiempo rodeado de hombres había pasado factura. ¿A quién quiero engañar? En realidad nunca fui muy bueno con las chicas. Provocan en mí un extraño fenómeno que hace que mis cuerdas vocales desciendan a mi entrepierna, dilatando todo a su paso e impidiéndome expresar con lucidez. Era un auténtico desastre en esas lides. Sin embargo, en contra de lo que solía suceder en esos casos,

ella me observó de reojo por debajo del flequillo rojizo y sonrió con picaresca.

—Y por lo que veo, ha sido de casualidad —dijo—. ¿De dónde vienes con esa maleta? —Desde el principio me quedó claro que Verónica, a pesar del trato dulce y su físico achuchable, no era una chica que se andaba por las ramas.

—Vengo de Zaragoza. He estado haciendo la Mili.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—¡Anda! Así que, ¿esa ropa que llevas no es ningún disfraz?

—No, no es ningún disfraz —balbucí, un tanto confundido. No sabía si se estaba quedando conmigo o es que la muchacha era así de ingenua. Hoy es el día en que continuó sin tenerlo claro del todo.

—¡Qué guay! Bueno, este es mi portal. —Señaló con el mentón un viejo portón de madera, de esos con una enorme aldaba de hierro en forma de cabeza de león que parecía transportar a uno a la Edad Media.

—Ya era hora —añadió Berta en voz baja.

Después de dar a mi prima un puntapié en el tobillo, me concentré en despedirme de Verónica. No sabía muy bien qué debía decir. Por suerte ella fue la que habló, como ya venía siendo habitual.

—Ha sido un verdadero placer, Alfonso.

—Lo mismo digo —acerté a articular.

Le di dos besos en la mejilla y, aturdido, me dispuse a continuar ascendiendo la calle pedregosa con la pobre compañía de mi pariente. Cuando ya había avanzado unos metros, volví a escuchar su voz a mi espalda:

—¡Alfonso!

Me giré hacia la puerta, donde todavía estaba ella. Deseaba que corriera hacia a mí y me dijera que me quería con locura

y que no podía vivir sin mí. Después nos comeríamos a besos, como sucedía en una de esas películas románticas que tanto disfruto en mi intimidad más secreta. Por supuesto, no es eso lo que ocurrió.

—¡Te vas sin el paraguas! —Sí, claro, juro que eso fue lo que dijo, palabra por palabra.

—Quédatelo. Así ya tienes uno para perder o romper mañana mientras buscas conchas.

Por alguna razón que escapa a mi entendimiento sobre el romanticismo, ese comentario debió de haberle complacido más de lo esperado, porque sonrió de una manera encantadora y se me quedó mirando en silencio durante unos segundos.

—¡Eh, que el paraguas es mío! —protestó Berta, antes de que la silenciara tapándole la boca con la mano.

—Oye, mañana tengo pensado salir un rato por la taberna —dijo la dulce pelirroja desde el rellano—. Si te apetece venir, a lo mejor te recompenso por el favor de hoy.

Esas espontáneas frases penetraron en mi pecho (y en mis testículos) como dardos envenenados.

—¿Cómo? —inquirí como un imbécil de catálogo. Esa era mi clásica respuesta para ganar tiempo cuando en realidad no sabía qué más decir.

—Que si quieres, mañana por la noche nos vemos en la taberna, Soldado.

Soldado. ¿Qué le estaba pasando a esa chiquilla? En un momento había pasado de ser la torpe e inocente niña que corre bajo una toalla a ser toda una Sharon Stone en potencia.

—Claro, hum... allí estaré —fue lo único que acerté a decir.

Y así, tal y como vino, se internó en el edificio y me quedé a solas con mi querida primita caminando, esta vez sí, a casa.

—Qué guarrilla, ¿no? —soltó Berta de repente, con todo

descaro.

En un primer momento me sorprendió tan extraña confesión. Me sentía demasiado feliz como para tener lucidez.

—Chica, no seas tan dura contigo misma. Estás algo mojada, eso es todo —resumí, torciendo luego el gesto.

—¡Me refería a ella, imbécil!

—¿Ella? —La miré perplejo—. A mí me ha parecido una chica muy simpática —contesté con la ingenuidad de un niño de colegio a quien le acaban de dar un besito en la mejilla por primera vez.

—Vamos, que te gusta —incidió la otra, que arrugó la nariz.

—Cállate ya y lleguemos a casa de una vez por todas.

La sonrisa bobalicona que se había dibujado en mi rostro me estaba delatando, tanto que incluso mi descerebrada pariente se había dado cuenta. En pocos minutos estábamos en casa: un humilde bajo situado junto a la iglesia, en el casco antiguo, que tenía los marcos de las puertas desgastados y las paredes amarillentas. Nada más llegar recibí la calurosa bienvenida de mi madre. Disfruté de una merecida ducha caliente en mi baño de siempre, y no volví a pensar en la niña pecosa hasta que me acosté, segundos antes de apagar la luz de la mesilla y sumergirme en mi subconsciente.

Capítulo 2

12 de octubre de 2006

Y ahora, ¿qué? ¿Qué se suponía que debía hacer un niño de diez años en un momento como aquel?

Oli miraba hacia esa lejana línea que, según le habían dicho, separaba el cielo y el mar. Las lágrimas empapaban su rostro. Pensaba en lo difícil de entender que eran algunas cosas a veces, en concreto las cosas que solo un mayor debería experimentar. No podía entender que la persona a la que más quería se acabara de ir al Cielo para siempre. Sin embargo, la vida parecía seguir su curso como si nada importara. Aparentemente, nada había cambiado: los barcos de pesca continuaban saliendo del puerto de Ámbar haciendo sonar sus sirenas, y en los bares de la costa seguían sirviendo refrescos, cafés y bebidas con alcohol que él nunca —o casi nunca— había probado. Incluso una solitaria gaviota patiamarilla, que se acababa de posar sobre la roca en la que se hallaba sentado, lo miraba como si las lágrimas del niño no fueran en realidad con ella.

Para él la vida nunca volvería a ser igual. La persona que le

había enseñado a leer, a atarse los cordones de los zapatos, y a diferenciar entre la música buena y la *música actual que se toca sin instrumentos* ya no le miraría a la cara nunca más; tampoco le sonreiría, ni, por supuesto, le daría una lección. Un niño jamás debería pasar por aquello y mucho menos, después de... bueno, después de lo que hizo.

—¡*Mecachis* en la mar! —exclamó.

Una ola de las grandes había chocado con fuerza contra la roca, empapándole los pies desnudos. Oli adoraba la playa negra de Ámbar, pero aborrecía mojarse las piernas porque eso significaba tener que mancharse de arena mojada para regresar a casa. Y la arena mojada le daba repelús.

Después de secarse a duras penas con las manos y asegurarse de que estaba sentado en el punto más alto de la roca —por si otra ola traicionera decidía acercarse—, regresó a su propia tragedia. Los últimos meses no habían sido fáciles. Aún no sabía por qué decidió hacer aquello, pero el caso era que lo hizo con todas sus consecuencias.

Y a fe que lo hizo bien.

¿Por qué lo haría? ¿Qué clase de duendecillo maligno se había metido en su cabeza para obligarle a hacer algo así?

Miró a su izquierda y comprobó cómo se alejaban los últimos nubarrones negros que habían tenido al pueblo encapotado durante tantísimos días. Bajo el cielo, los primeros rayos de sol acariciaban la arena, de color gris ceniza, que cubría la playa. Esta no era muy profunda, aunque sí extensa (abarcaba Ámbar de este a oeste). Agrupaba en la primera línea del paseo marítimo coquetos dúplex de ladrillo visto. Algunos de ellos, según aseguraban los más viejos del lugar, eran antiguos palacetes de verano que correspondían a la burguesía de los años cincuenta. Otros muchos constituían modernas

remodelaciones que resultaban la envidia de la villa. A lo lejos, sobre el acantilado y en dirección oeste, se alzaba el faro de Ámbar. Como un imponente guardián que vigilaba la entrada y salida del puerto, servía de guía a los barcos pesqueros de la zona.

El niño fijó sus azules ojos en un punto lejano: un anciano se alejaba con exagerada lentitud. Caminaba con la mirada clavada en el suelo, bordeando la orilla en dirección al faro. Su paso era tan pesado que a Oli le pareció que no llegaría al final de la playa hasta la mañana siguiente. Al verle marchar, sintió que finalizaba una etapa de su vida que jamás olvidaría.

El monótono murmullo que producía el choque de las olas contra la orilla lo irritaba, impidiéndole recordar con claridad todo lo sucedido durante aquellas semanas tan sombrías. Lo que estaba claro era que no había estado mal para un mocoso que ni siquiera sabía pelar una manzana. Todo había empezado unos meses atrás, el 23 de junio de 2006, denominado por el propio Oli como el Día Importante.

23 de junio de 2006

Tendido sobre su cama y vestido con su pijama de cohetes espaciales, Oli contemplaba el techo de su habitación con los ojos abiertos en forma de balón de fútbol. Eran las seis y media de la tarde, y la penumbra predominaba en el dormitorio en torno a la figura inmóvil del niño.

El miedo lo tenía petrificado. En la pared, junto a la cama, la ventana permanecía abierta. A Oli le fascinaba asomarse

para observar la playa. Tenía por costumbre subirse al colchón —aunque mamá siempre le dejaba bien claro lo prohibido que estaba pisarlo—, y observar cómo las gaviotas patiamarillas, capaces en realidad de engullir cualquier cosa, volaban y aterrizaban en la arena para repartirse el succulento botín que quedaba esparcido por la playa.

Pero aquel atardecer Oli no se subió a la cama para ver a las gaviotas volar, aterrizar en la arena y repartirse aquellos restos de comida. No podía moverse, de hecho.

«Ojalá fuera una de ellas», cavilaba, sumido en la tristeza.

¿Qué iba a hacer él a partir de ahora? ¿Moriría allí mismo, en su cama? Lo cierto era que no se encontraba nada bien.

Encogido contra una esquina y utilizando un cojín como escudo, aguardó en silencio a que el miedo se esfumara. Un sudor frío le recorría la espalda desde el cuello hasta el pompis, y no podía parar de temblar. La oscuridad, en su sentido más amplio y universal, había venido para quedarse, impregnando el dormitorio de una atmósfera agobiante. Oli había oído a algunos mayores hablar sobre el remordimiento de conciencia, pero, si era eso lo que le estaba pasando, no le habían advertido de lo mucho que dolía.

Había algo, no obstante, que le hacía incluso más daño que ese dichoso remordimiento del que tan poco sabía. En la habitación contigua, un desconsolado llanto resaltaba por encima del silencio. Oli pegó la oreja a la pared que dividía ambos dormitorios, y escuchó a papá procurando disimular el llanto. La pena invadió a Oli en todo su ser. Al parecer, papá iba a mantener la desgracia en secreto.

Pero Oli lo sabía todo.

Los mayores solían decir de Oli que, comparado con Javier, Telmo, Omar, y los demás niños de su edad, era atento, educado,

y tan astuto como poco inteligente. Había aprendido a leer a una edad muy tardía, le costaba comprender los problemas de matemáticas más sencillos y, hasta hacía bien poco, se orinaba en las sábanas por las noches. Él detestaba aceptar todo aquello, pero ante todo se consideraba un niño sincero consigo mismo, así que no le quedaba otra que asumir las críticas. No obstante, en aquella ocasión el niño sabía cosas que papá desconocía y jamás debería conocer.

Había hecho algo extraordinario. O algo extraordinariamente perverso, no lo tenía claro del todo. ¿Y si lo descubrían? ¿Qué castigo merecería? Bajo su punto de vista, había obrado de la manera más heroica y noble posible, digna de esos caballeros que aparecían en los cuentos que le solía leer mamá cuando era un niño (no como ahora, que ya era todo un jovencito). Aquellos que montaban sobre caballos de pelaje blanco y luchaban contra ogros y dragones. Pero el llanto de papá hacía que los caballeros de los cuentos desapareciesen, y entonces no podía evitar sentirse el niño más malo del universo, casi tanto como los propios ogros y dragones.

«¿Por qué lo he hecho, Aquiles?», susurró volviéndose hacia su amigo del alma, que no se había movido de su lado en toda la tarde.

Eran simplemente inseparables. El cuadrúpedo había llegado a casa casi al tiempo de nacer Óliver. Por aquel entonces era una diminuta bola de pelo devoradora de cualquier elemento que se le antojara comestible. Ahora pesaba 45 kilos, lo cual, según el niño, lo convertía en el perro más grande del planeta (un día incluso probó a montarlo sobre el lomo para cabalgar por la playa, con catastróficos resultados para ambos). Aquiles dormía con Oli, comía con Oli y siempre lo acompañaba cada tarde en sus grandes paseos. Algunos niños jugaban a la pelota

con sus amigos, otros veraneaban con sus primos, y él tenía a Aquiles.

El pastor alemán apoyó su cabeza descomunal sobre el edredón y frotó el hocico contra el hombro de Oli, que lo interpretó como: *no te preocupes amigo, yo estoy contigo*. En realidad, Aquiles había estado presente aquel mismo día, durante todo el proceso de gestación y elaboración de ese plan tan perverso, por lo que en cierta manera, sí, formaba parte del equipo, y también compartía el secreto de Oli. Por otro lado era el mejor confidente que alguien podía tener, ya que Oli estaba convencido de que a Aquiles no se le iba a escapar un ladrido más de la cuenta.

Una vez recuperó un poco la serenidad y sus ojos dejaron de tener forma de balón de fútbol, reflexionó. Ese día, que desde entonces sería recordado como el Día Importante, había sido, sin ningún género de dudas, el peor de su vida.

El Día Importante había comenzado como un jueves cualquiera en la vida de Óliver, Aquiles, papá y mamá en la casa más bonita de toda la primera línea de la playa. Localizado en la costa cántabra, Ámbar era un pueblo pesquero tradicional que, a tenor del cartel de bienvenida situado en la carretera de entrada, acogía a 3.601 habitantes censados. Estaba flanqueado por una agrupación de colinas de media altura y arrinconado por el mar Cantábrico, haciendo del larguísimo paseo marítimo su principal reclamo. Los ambareños solían bromear sobre la disposición laberíntica de las calles del centro, asegurando que aquel que se internara en ellas por primera vez, bien haría en llevar un buen callejero consigo. Los refranes locales decían que Ámbar era tan paradisíaco como misterioso, dependiendo de la época del año y el estado de las mareas.

Como ya le habían concedido las vacaciones, Oli se había

despertado muy tarde, lo que explicó que no se oyera ni un alma en casa cuando abrió el primer ojo. Se limpió las legañas con los dedos y pateó las escaleras hasta el piso inferior con la intención de desayunar. Aquiles dormía plácidamente en su rincón de la cocina. Al verlo bajar, se incorporó de un salto y corrió hacia él para lamerle la rodilla. Tras el habitual gesto de «buenos días», el pastor alemán se giró y volvió a tumbarse en su rincón, desde donde no perdió detalle de cada movimiento que hacía el niño.

Oli ya se había preparado su enorme tazón de cereales de chocolate con leche cuando mamá entró en casa dando un sonoro portazo.

—¡Hijo! —exclamó—. ¿Te acabas de levantar?

—Si —respondió Oli, sintiéndose culpable por su holgazanería.

Mamá se movía de un lado a otro de la cocina como con prisa.

—Tranquilo, marmotilla. Para eso están las vacaciones, ¿no? —dijo sin mostrar mucho interés, mientras buscaba algo en los cajones. Luego dejó caer un sobre grande sobre la mesa—. Recuerda que tienes que pasear a Aquiles antes de la hora de comer.

El aludido alzó la cabeza. El tema le interesaba.

—Lo sé, mamá, no te preocupes. —Oli miró el sobre—. ¿Qué es eso?

—¿El qué? —Ella arrugó la frente—. Nada, son los resultados de las pruebas médicas. No creo que te interesen —dijo, como esforzándose por resultar condescendiente.

Acarició después el pelo de su hijo y continuó recorriendo la cocina. A pesar de haber superado los cuarenta, era una mujer que se preocupaba por mostrarse joven y atractiva. Se conservaba bien, aunque, ni siquiera cuando era una preciosa

adolescente de bonita melena, solía enseñar más carne de la cuenta. Siempre le había gustado verse a sí misma como una mujer decente, y ahora que era madre, se esforzaba por parecer responsable. Acudía al gimnasio del barrio tres veces a la semana y procuraba seguir una alimentación equilibrada. Esa mañana no se había maquillado, lo cual según su hijo le resaltaba sus preciosos ojos claros. Los tacones bajos repiqueteaban contra los baldosines, y los volantes de una falda larga bailaban hacia los lados con el ir y venir por la estancia.

—¿Qué buscas, mamá?

—Lo de siempre, las llaves del almacén. ¡Nunca sé dónde las dejo!

Raro era el día que no tenía que volver a casa a por algo que se había olvidado, ya fueran las llaves del almacén, alguna factura o el teléfono móvil. Como ella siempre decía, algún día se le iba a olvidar hasta la mismísima cabeza.

Finalmente, como en muchas otras ocasiones, fue Aquiles quien encontró las llaves. Oli se preguntaba a menudo qué sería de la familia sin la ayuda de su amigo de cuatro patas.

Una vez hubo encontrado lo que había ido a buscar, mamá se despidió y se dispuso a regresar a la tienda.

—¿No vas a abrir el sobre? —preguntó él cuando su madre salía por la puerta.

—Ahora no tengo tiempo. Hasta la noche, enano.

Lanzó un beso al aire y cerró la puerta con la misma vitalidad con la que había entrado.

Oli torció el gesto con medida resignación. Odiaba que le llamara enano.

Óliver no podía dejar de mirar el sobre. Muchas veces le habían advertido de que la correspondencia ajena era algo muy personal, y que nunca debía abrirse si no estaba destinada a

uno mismo, así que, una vez más, superó el poder de su propia curiosidad y se limitó a observar el envoltorio en silencio.

De pronto, el teléfono de la casa sonó a un volumen que a Oli le pareció exagerado. Aquiles se incorporó. El timbre continuó retumbando sin que ninguno de los dos hiciera nada por contestarlo, a pesar del irritante ruido. Oli consideraba que el teléfono era un aparato inventado por el mismísimo Satanás, y que no hacía más que molestar. Las llamadas que llegaban a casa nunca iban dirigidas a él, de modo que esperó a que, quien fuera el que estuviera al otro lado, se diera por vencido y dejara de insistir. Para su sorpresa, cuando el contestador automático saltó, esa persona dejó un mensaje de voz: *«Hola, soy la doctora Sara Mora. Eh... no sé si ya han recibido los resultados de las pruebas, pero... eh... me gustaría hablar con ustedes personalmente en mi consulta. Vengan cuanto antes, es urgente. Muchas gracias. Adiós.»*

Aquiles ladeó la cabeza y emitió un ligero aullido. Después se hizo el silencio. Puede que fueran imaginaciones suyas, pero Oli había notado cierto matiz de preocupación en las palabras de aquella doctora, y la extraña atmósfera que se había creado en la cocina no le estaba ayudando a pensar lo contrario.

«Es urgente...», repitió en su interior las palabras de la doctora.

Volvió a fijar la atención en el sobre, recordando lo que mamá había dicho acerca de él: «Son los resultados de las pruebas médicas. No creo que te interesen». Oli y Aquiles se miraron fijamente, tal como si estuviesen pensando en lo mismo.

«Lo sé, amigo», dijo el chaval.

La curiosidad mató al gato. Ese era el refrán favorito de Oli, y aunque no estaba seguro de entenderlo, sabía que podía aplicarse a su situación. Él era el gato, y no tenía intención de que la curiosidad acabara con él, así que desvió la mirada del

sobre, dejó el cuenco vacío de los cereales sobre la pila, e instó a su amigo a ir a dar un paseo por el barrio.

El animal no dio saltos de excitación como cada vez que salía, y su joven dueño no tomó la dirección de la playa, como hacía cada mañana. Los dos tenían la mente ocupada en el sobre y el mensaje telefónico. Meditabundos, dieron la vuelta a la manzana, se internaron en la tienda de chuches a comprar las provisiones del día, y regresaron. En menos de diez minutos ya se encontraban de vuelta en la cocina.

Existía una fuerza exterior que solía atraer a Oli hacia lo desconocido, y además le impulsaba hacia acciones que no quería o no debía hacer. Se había ganado innumerables reprimendas por ello en el pasado. Él aún no lo sabía pero, en este caso, el castigo iba a ser mucho peor que una reprimenda. Se mordió el labio inferior y lo hizo. Bajo la estricta supervisión de Aquiles, se abalanzó hacia el sobre. Después lo abrió con ansia, temiendo que alguien entrara en ese momento por la puerta.

Aquiles ladró con fuerza una sola vez, haciéndole saber a Oli que no estaba para nada de acuerdo con la decisión que estaba tomando.

—No te preocupes —sonrió este con complicidad—. Diré que tú no tuviste nada que ver.

A su vez, el perro no quitaba ojo del sobre.

Tanto le temblaban las manos a Oli que hasta le costaba sostener el sobre. Se sentía excitado, como uno de esos héroes de acción que lo arriesgaban todo a favor de la misión. Ahora entendía por qué los llamaban héroes. Cuando finalmente extrajo los papeles y los depositó sobre la mesa, los ojeó con interés. Creía que le explotaría el pecho. A Aquiles parecía ocurrirle algo similar, pues dio un salto para sostenerse sobre

sus dos patas traseras y apoyó la cabeza sobre el tablero de la mesa.

Los papeles que contenía el sobre estaban divididos en dos tacos de similares dimensiones, de pocos folios cada uno y unidos por sendas grapas en sus esquinas. A simple vista ambos eran iguales, con la única diferencia de que uno contenía los datos personales de papá, y el otro, los de mamá. Perfectamente normal. Algo decepcionado, Oli comenzó a leer lo que en apariencia eran simples datos médicos imposibles de descifrar para un niño de diez años (sobre todo para uno que había aprendido a leer a una edad tan tardía y al que le costaba comprender los problemas matemáticos más sencillos).

De improviso leyó de reojo dos palabras que hicieron que se le detuviera el corazón. Estas las había entendido muy bien.

«Oh, no...»

Tragó saliva con extraordinaria dificultad. Si se hubiera mirado en la superficie de un espejo, habría visto un niño completamente pálido. Dejó caer los papeles y miró a Aquiles, demandando ayuda con desesperación. Necesitaba que alguien le dijera que se estaba equivocando, que era tan idiota que no lo estaba interpretando bien, que no había por qué preocuparse.

En uno de los dos tacos de folios, entre tantos datos médicos imposibles de descifrar, se podían leer con claridad dos palabras malditas, y además en letras mayúsculas para alejar cualquier duda: «TUMOR CEREBRAL».

Mamá recorría las calles de Ámbar a gran velocidad. Si llevara un calzado más deportivo en lugar de esos bonitos zapatos de discreto tacón, pensaba, empezaría a correr y llegaría a la

tienda en un minuto. Valoró la posibilidad de regresar a casa para cambiarse el calzado, pero al final la desestimó: seguro que se entretendría y llegaría aún más tarde. Dobló unas cuantas esquinas y avanzó por calles estrechas que se dirigían al centro. Enseguida abrió con ímpetu una puerta roja coronada por un divertido cartel de colores que decía «LOS ABALORIOS DEL MAR», y en cuyo cristal colgaba un letrero que prometía a los clientes el regreso de la dueña en menos de cinco minutos. Mamá había tardado más de diez.

—¡Lo siento, lo siento, lo siento! —exclamó, juntando ambas palmas como en una oración.

La Conchi sonrió con dulzura cuando vio que mamá entraba a la tienda como un elefante en una cacharrería. Había acudido con su nieta, que acababa de cumplir los diez meses y dormía dentro del cochecito, ajena a lo que sucedía en el mundo. La Conchi estaba jubilada, así que no tenía grandes planes para esa mañana, a excepción de dar un agradable paseo con el bebé. No había nadie más en el interior de la tienda.

—Tranquila, hija, no hay prisa, no hay prisa. —La vecina gesticulaba casi a cámara lenta mientras hablaba—. Mejor aquí que fuera, se está más fresquito.

Mamá sonrió. Adoraba su trabajo, y más aún a sus clientes, en especial a las clientas que eran como la Conchi. Se secó las gotas de sudor de la frente, quitó el cartelito de la puerta y se situó tras el mostrador. Después recordó lo que había ido a buscar a casa, así que extrajo las llaves del bolso y abrió el almacén donde guardaba todo el material. La anciana la miraba con una sonrisa inalterable dibujada en la cara. Cuando mamá por fin volvió del almacén —no sin soltar un suspiro de agobio—, La Conchi pudo hacer al fin su pedido: dos metros de tela rosa, una madeja de lana blanca, un juego de alfileres, agujas y dedales,

y dos carretes de hilo. Asimismo, dejó encargado un metro de tela especial para hacer algunos coleteros. Después se despidió amablemente.

Nada más había salido Conchi por la puerta, mamá volvió a dejar el local a su suerte. Esta vez sería por menos de cinco minutos. Cruzó la calle, entró en un Farggi, pidió un capuchino para llevar, y regresó a la tienda. No había clientes, así que aprovechó para degustar el café. Después empezó a fabricar divertidos camafeos con terciopelo, conchas y abalorios. Tan solo hacía pausas para atender a los clientes que, de vez en cuando, entraban, compraban algo de poco valor, compartían algún chismorreo y se iban sin más. Entonces mamá continuaba con los camafeos. Así transcurrió su mañana, y no pensó ni una sola vez en el sobre blanco que había llevado a su domicilio con las pruebas médicas.

A Oli le entró el pánico.

«Tumor cerebral, tumor cerebral, tumor cerebral...», repetía en su mente de forma obsesiva.

No sabía qué hacer. ¡Tan solo tenía diez años! Las palabras se tornaron cada vez más borrosas en el papel debido a las lágrimas que caían incontenibles. Oli detestaba llorar. Tenía muchos defectos que siempre reconocía con honor, pero la cobardía no era uno de ellos. No podía permitirse llorar, así de claro. Lleno de rabia, se frotó la cara con la manga del jersey y se levantó de golpe para dirigirse al salón. Aquiles lo siguió. Una vez allí, el niño buscó en la librería de papá, entre todos los marcos de fotos y adornos viejos, aquel libro enorme del cual siempre le decían que contestaba a todas las preguntas sin excepción:

la enciclopedia. Cuando lo encontró (no le fue difícil, ya que alguna que otra vez había tenido que consultarla para algún trabajo del colegio), lo agarró fuerte y se la llevó consigo. Pesaba tanto que a punto estuvo de tirar a Oli hacia atrás, por lo que decidió posarlo allí mismo, sobre la alfombra estampada que cubría el suelo del salón. No podía perder más tiempo o sus nervios acabarían con él. Con las manos temblorosas, buscó entre las páginas la palabra tumor. Cogió mucho aire de golpe y comenzó a leer. No pudo siquiera terminar el primer párrafo.

Invadido por la congoja y el desconsuelo, Oli rompió a llorar de nuevo. Quiso gritar muy alto, pero no fue capaz ni siquiera de emitir un ahogado chillido. Se desplomó sobre aquel libro que tanto pesaba y se odió a sí mismo por permitirse gimotear así, de una manera como jamás lo había hecho. Mientras tanto, Aquiles le lamía la mano.

Una hora más tarde, Óliver y el perro estaban petrificados bajo la robusta mesa del salón. La enciclopedia permanecía en el suelo, abierta por la página donde las palabras empezaban por Tu. El silencio era sepulcral, a excepción de una serie de silbidos aleatorios provenientes de un silbato de metal. Papá se lo había regalado a Oli en una época en la que este tenía tanto miedo de acudir al colegio que le entraba la fiebre según salían de casa. Se trataba del *silbato de la confianza*, como así lo había bautizado papá, y ayudaba Oli a sentirse importante, tanto como los árbitros de fútbol, que tenían poder para hacer lo que quisieran. Lo llevaba siempre encima y lo utilizaba cada vez que le entraba el pánico. Como ahora, que tenía mucho miedo de enfrentarse al mundo porque no le gustaba el aspecto que iba a tener a partir de ese momento. Odiaba ser la única persona que sabía el contenido de aquellos papeles. Solamente de imaginarse la reacción de los demás al conocerlo, algo se

le quejaba dentro del estómago. No soportaba la idea de que mamá o papá entraran por la puerta y se enteraran de todo el tema del tumor.

Una chispa se le encendió entonces dentro de la cabeza. ¿La única persona que sabía el contenido de los papeles? ¡Claro! Su cerebro comenzó a trabajar con la precisión de un reloj helvético, completando un puzle imposible que, por alguna razón, a Oli se le antojó básico y elemental. Dejó de soplar el silbato y maduró esas ideas hasta asegurarse de que tenían sentido.

«Bingo.»

Con lágrimas secas en las mejillas, levantó el mentón y endureció la mirada. Acababa de elaborar el plan perfecto.

—¿No crees que es una locura, Aquiles? —inquirió, mirándolo con fijeza. Se aferró muy fuertemente a la cabeza de su fiel amigo y perdió la mirada en el infinito.

El perro se limitó a jadear, como solo hacía cuando tenía sed, estaba cansado o asustado. Oli supuso que se trataba de la tercera opción.

«Si voy a continuar con este plan, nadie, a excepción de Aquiles, debe saber nada de nada.»

Pero, ¿por dónde empezar? Tenía que asumir algo: únicamente tenía diez años. Quisiera o no, necesitaría ayuda. Tenía que ser alguien de total confianza, pero tan chiflado como para verle el sentido a su perfecta idea y llevarla a cabo hasta las últimas consecuencias, por doloroso que fuera. Oli no tuvo que pensar mucho. Tan solo había una persona de esas características sobre la faz de la Tierra. Caprichos del destino, como si alguien desde el Cielo le estuviera mandando una señal aprobatoria, esa persona que estaba buscando abrió, en ese mismo momento, la puerta principal.

El Yayo había entrado en casa.

[Lee ahora la novela completa](#)